



CAPÍTULO XII

EL SITIO DE TOLÓN

La juventud de Napoleón no se marchita al alejarse de Córcega, después de los sucesos referidos, que tan profunda emoción causaron en el ánimo del futuro emperador. Aun no había acabado de formarse en el orden intelectual, y por lo tanto, conviene seguir sus pasos durante algún tiempo, al menos hasta el sitio de Tolón, que constituye, entre los episodios de su primera edad, el que más claramente denota su aptitud genial para el arte de la guerra.

Ya vimos que, perseguido por los paolistas, con gran riesgo de su persona y de su familia, se había refugiado Napoleón en Calvi, residencia de su pariente y padrino Guibega; pero como también era arriesgado permanecer en dicha población, puesto que los paolistas dominaban la isla entera y eran capaces de atentar de nuevo contra la familia Bonaparte, resolvieron embarcarse cuanto antes para Francia, con la esperanza de obtener un buen empleo para José, pues en

cuanto á Napoleón, no sólo estaba con su paga de capitán de artillería á cubierto de la miseria, sino que bien podía ayudar á su familia en circunstancias tan calamitosas como aquéllas. A fines de Junio de 1793 estaban ya los Bonaparte en Marsella, excepto Napoleón, que se había incorporado á su regimiento, de guarnición en Niza. Apenas llegado, el general Neil, inspector de las costas, le confió el mando de la duodécima compañía, ó compañía de Bonaparte, según la costumbre de la época, que designaba las compañías por el apellido de su capitán. Después de revistar sus baterías, introdujo algunas mejoras en que no habían pensado sus antecesores y poco tiempo más tarde le encargó el general de organizar los convoyes de pólvora destinados al ejército de Italia, cumpliendo el encargo con plausible diligencia.

Por entonces las tropas de Carteaux habían recibido orden de reconquistar la ciudad de Tolón, entregada por el vecindario á los ingleses. El 7 de Septiembre de 1793 se presentó el ejército revolucionario en Ollioules, ocupando los famosos desfiladeros de este nombre, después de rechazar á un contingente de toloneses, que, advertidos de la proximidad del enemigo, intentaron cerrarle el paso. Sin embargo, entre las pocas pérdidas que en esta acción sufrieron los republicanos, quedó herido el comandante Doumartin, que mandaba la artillería, siendo preciso transportarle en camilla á Marsella.

Convenía elegir en su lugar á un jefe hábil, puesto que el éxito de la operación estribaba precisamente en los fuegos de la artillería contra la ciudad y sus fuertes. Los comisarios de la Convención que vigilaban al ejército dieron á un corso, llamado Cervoni, el encargo de buscar en Marsella un oficial de artillería capaz de tomar el mando del arma. Cervoni fué á ver á José Bonaparte, quien sugirió á su paisano la idea de que Napoleón pudiera muy bien satisfacer el deseo de los comisarios, pues era capitán y además le creía con suficiente talento para salir airoso de semejante empresa. En consecuencia, fueron Cervoni y José á conferenciar con Napoleón, y aunque éste había negado á Carteaux cualidades militares, se dejó convencer, sobre todo en interés del arma á que pertenecía.

Napoleón se trasladó al cuartel general de Beausset, presentándose á Saliceti, uno de los dos comisarios, quienes le reiteraron el ofrecimiento del mando en jefe de la artillería. Aceptó definitivamente,

con gran contentamiento de los comisarios, que esperaban mucho de él en tan críticas circunstancias, y por su parte se manifestó Napoleón sumamente satisfecho de operar con Saliceti y Gasparin, á quienes veía animados del más acendrado patriotismo, llegando con ello á olvidar sus prevenciones contra Carteaux, general en jefe del ejército sitiador.

Napoleón se aplicó desde luego á estudiar la topografía de la ciudad. Tolón era una de las mejores plazas fuertes de Francia y la creían inexpugnable muchos técnicos militares, entre ellos el general Teil, comandante de la división de Niza, á que pertenecía Napoleón. Por la parte de mar estaba defendida la ciudad por el fuerte de Malgro, que impedía el acceso á la rada mayor, y los de Grosse-Tour, Balaguiet y L'Eguillette, que dominaban la rada menor. Por la parte de tierra se extendía una serie de reductos, con los fuertes de Malbousquet, al Oeste; Pommets, San Andrés y los dos de San Antonio, al Norte; y los de Artigues, Sta. Catalina y parte del de La Malue al Oeste. Además, los sitiados ocupaban todas las alturas inmediatas á la ciudad con formidables trabajos de defensa, tales como reductos y campos atrincherados.

Desde el primer día estrechó Carteaux el cerco cuanto le fué posible, pero como sólo disponía de 10.000 hombres, no logró cubrir todo el perímetro, y aunque pidió refuerzos, le enviaron bisonos, apresuradamente reclutados en los pueblos del contorno.

Deplorable por demás era también el estado de la artillería. Con algunas piezas de campaña, cañones de 16 y 24, y dos morteros, había de batir Napoleón la ciudad sitiada, convertida por los ingleses en formidable campamento atrincherado; y como sin artillería no era posible atacar la plaza, representó Bonaparte á los comisarios la necesidad de aumentar el número de piezas, logrando reunir al cabo de unos días catorce bocas más entre cañones y morteros. Entretanto organizó los parques y puso en orden el material, con tan activo celo, que los dos comisarios se apresuraron á proponerle para el empleo de comandante, al cual fué promovido el 18 de Octubre de 1793.

Napoleón estudió detenidamente la respectiva importancia de todos los fuertes de la plaza y dedujo que el más estratégico era el de L'Eguillette, pues como dominaba ambas radas, una vez dueños

de él los republicanos, habría de escapar la escuadra inglesa, cuyos fuegos desbarataban las operaciones de sitio.

Napoleón trató el caso con Saliceti y Gasparin, antes de hablar con el general en jefe. Los comisarios aprobaron la idea de Napoleón, pues de antemano estaban convencidos de que el alejamiento de la flota inglesa era condición necesaria para tomar la plaza, si bien no acertaban con el medio rápido y seguro de conseguirlo. Bonaparte se lo proporcionó, con su plan de apoderarse del fuerte de L'Aiguillette, que por separar del mar la plaza, cortaba las comunicaciones marítimas y favorecía las operaciones del sitio.

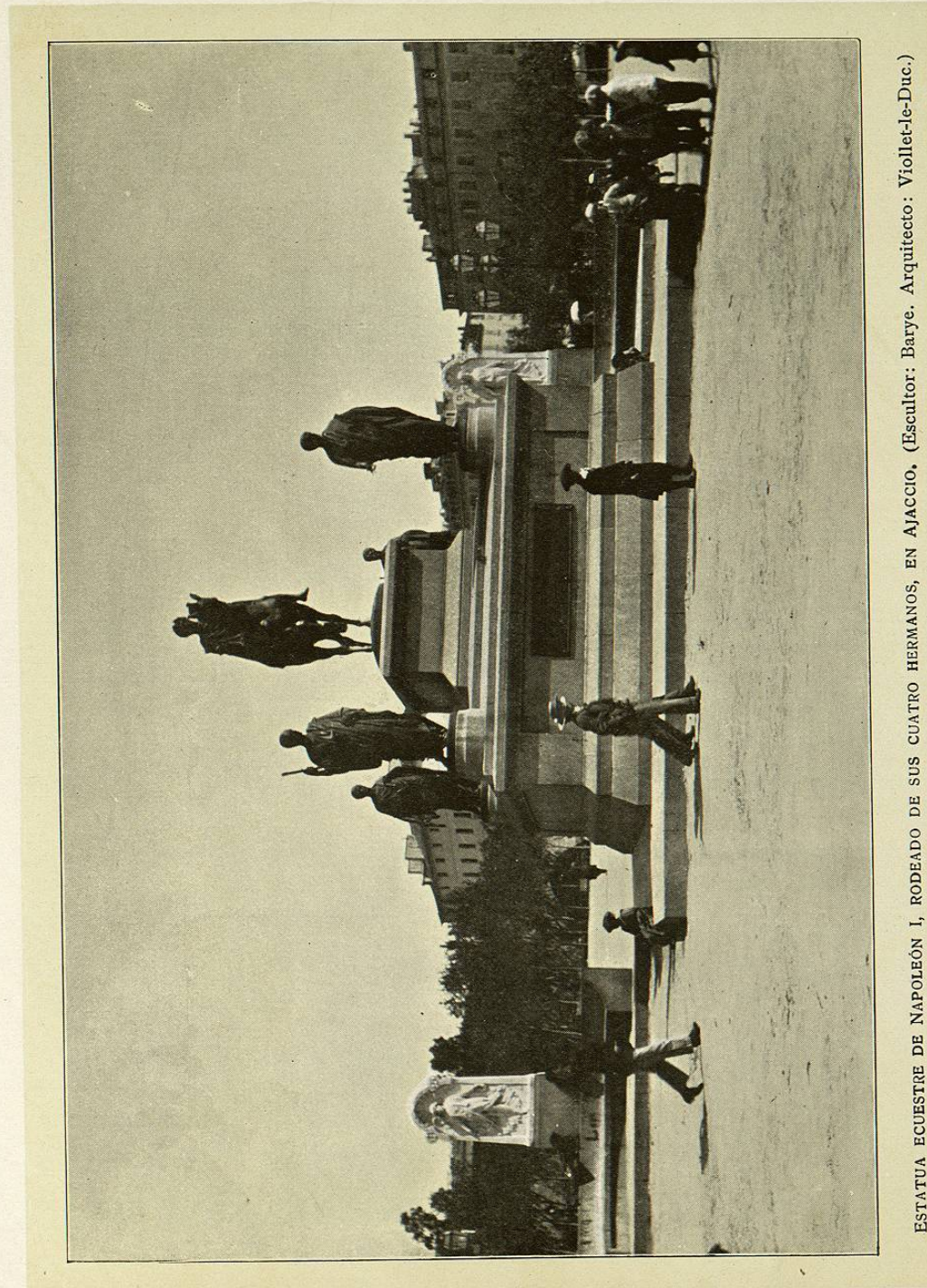
La toma del fuerte era una idea sencillísima, en la que nadie pensara hasta entonces, y mucho menos el general en jefe, á quien más bien las circunstancias que los merecimientos habían encumbrado á las alturas del mando, después de trocar el pincel por la espada. Engreído de sí mismo, trataba desdeñosamente al comandante Bonaparte y se condolía de la pérdida de Doumartin. El plan de Carteaux era tan descabellado cual cabía esperar de un general tan extraño al ejercicio de las armas. Quería bombardear la escuadra inglesa sin conocer la exacta situación de los buques y atacar al arma blanca todos los fuertes que embarazaban por tierra el acceso á Tolón. Propuso también bombardear la plaza, y, en fin, todo linaje de planes á cual más quimérico y sin resultado seguro é inmediato. Sin embargo, por los perjuicios que pudieran irrogarle, no se atrevía Carteaux á desdeñar del todo los consejos de Saliceti y Gasparin, que, como comisarios de la Convención, tenían el derecho de fiscalizar las operaciones y que, advertidos de antemano por Napoleón, en quien habían puesto toda su confianza, estrechaban el ánimo de Carteaux, si bien éste oponía tenaz resistencia á seguir su parecer. Gracias á la insistencia de los comisarios se ejecutaron las primeras operaciones de acercamiento al fuerte de L'Eguillette, ocupando el promontorio de Caire y la aldea de la Seyne, en cuyo punto fondeaban á la sazón una fragata y dos pontones ingleses, que hubieron de levar anclas huyendo de las baterías situadas por Napoleón en el promontorio de Caire. Ya con ello bastante cerca del fuerte de L'Eguillette, colocó Bonaparte otras baterías en la punta de Bregaillon, que dominaba el istmo de Tolón, desde donde abrió un fuego horroroso contra los buques ingleses, y

aunque éstos respondieron con todas sus bandadas, poco fué el daño que causaron á las baterías, viéndose precisados á distanciarse algún tanto de sus anteriores posiciones, de modo que no podían proteger tan eficazmente á los sitiados.

Sólo faltaba apoderarse del fuerte de L'Eguillette para dominar hasta el menor recodo de ambas radas, é inutilizando así la acción de la escuadra inglesa, obtener la rendición de la plaza. Mas para tomar el fuerte era preciso asaltarlo, y como Carreaux no se atrevía á contrariar la opinión de los comisarios, destacó al efecto 400 hombres al mando del segundo jefe, general Delaborde, quien no comprendiendo tampoco la importancia estratégica del fuerte, retiróse al ver que los ingleses enviaban refuerzos al punto amenazado, pues habían descubierto el hábil plan de los sitiadores y, en consecuencia, aumentaron las defensas de L'Eguillette con cuatro nuevos reductos.

Cuenta Arturo Chuquet que Napoleón estalló en cólera cuando vió que los ingleses habían adivinado su plan, pero lejos de desistir de él se aplicó con febril actividad á realizarlo, reuniendo el mayor número posible de piezas de artillería, y reclutó en las inmediaciones voluntarios para dar el proyectado asalto. Estableció en Ollioules un verdadero parque, con ochenta forjadores encargados de construir armas y artificios de guerra; fuése en persona á Marsella, para traer artillería gruesa, y emplazó las nuevas baterías de los Descamisados, Bregart, Rada Mayor, Cuatro Molinos y Sablettes, cuyos fuegos hicieron salir de la rada á la escuadra inglesa.

Sin embargo, la negligencia de Carreaux producía su efecto y Napoleón suplicó entonces á los comisarios, en nombre del buen éxito de la empresa, que le constriñeran á renunciar á sus impertinentes proyectos, concluyendo Bonaparte por no hacer caso alguno del general en jefe, y seguro del apoyo de los comisarios, se atrevió á desobedecerle abiertamente. Aunque despechado por ello, contuvo Carreaux su ira, no sólo por temor de que los comisarios recabasen de la Convención una providencia enojosa contra él, sino también por consejo de su mujer, que más sagaz y previsorá, había adivinado desde luego la valía de Bonaparte. «Déjale hacer á ese joven,—le decía á su marido,—porque sabe más que tú y nada te pide. Si acierta, tuya será la gloria, y si yerra, de él será la culpa.» Convenciéronle á Carreaux



ESTATUA ECUESTRE DE NAPOLEÓN I, RODEADO DE SUS CUATRO HERMANOS, EN AJACCIO. (Escultor: Barye. Arquitecto: Viollet-le-Duc.)